

# El complejo problema político de las comunidades autónomas

JOSE AUMENTE

**D**E todos es conocido cómo el líder de AP, Fraga Iribarne, nos viene repitiendo, una y otra vez, que el tema de las autonomías es el más grave que tiene planteado políticamente España. Y posiblemente llevé razón. Aunque no por los motivos simplistas y casi elementales de la derecha española, que siempre ve fantasmas que ponen en peligro la "unidad sagrada de la patria", sino porque se trata de un problema que cada cual enfoca a su manera; un problema que vascos, catalanes, gallegos, manchegos, castellanos, andaluces, etcétera, vemos de forma diferente, porque también son distintos los intereses en juego, y porque también difieren los objetivos a conseguir con él. Me temo que el "consenso", a la hora de la verdad, en el momento de las competencias reales y los poderes efectivos, cuando dejemos los puramente formales, preautonómicos, como hasta ahora han sido, va a resultar extremadamente difícil de conseguir.

Porque así como la igualdad entre los hombres no pueda establecerse por Decreto —no todo se consigue con ser iguales ante la ley—, sino que exige crear las condiciones que la hagan posible, así también las autonomías no pueden proclamarse a golpe de "Boletín Oficial del Estado", sino que han de ir cristalizando desde dentro, poco a poco, en la lucha diaria, por ir forjando las condiciones que las hagan reales. Y en esta lucha diaria por darle un contenido efectivo, es cuando han de manifestarse las profundas discrepancias que nos separan a los distintos pueblos de España respecto a lo que la clase dominante de cada uno de ellos entiende y pretende con la autonomía.

Partamos de las realidades concretas. Insisto: la fracción hegemónica de la burguesía es distinta en cada una de las distintas comunidades preautonómicas. La correlación de fuerzas sociales es también diferente en cada una de ellas. Mientras en Cataluña domina una fuerte burguesía industrial autóctona, progresista, con una cierta tradición democrática, y "modelos europeístas", que está respaldada por una masa trabajadora "bien desarrollada" que le apoya en sus reivindicaciones autonomistas, en Galicia, por ejemplo, la situación es distinta. En Galicia, la fracción dominante es una burguesía rural y comerciante, bastante ligada a los intereses centralistas; tampoco existe una masa trabajadora concienciada que pueda asumir el liderazgo. La consecuencia es que, a pesar de que a Galicia se le incluye entre las "nacionalidades históricas" —con una lengua, una historia, una cultura—, la realidad fáctica es que apenas va a contar con posibilidades reales de conseguir poderes políticos propios. El incidente protocolario con motivo de la visita a Santiago del Presidente francés, no por insignificante es menos significativo. La llamada Xunta de Galicia es más fantasmal que efectiva.

Y si nos trasladamos, también por vía de ejemplo, al País Vasco, las cosas resultan sumamente complicadas. Allí la fracción dominante de la burguesía ha sido, hasta ahora, una oligarquía industrial-financiera muy "españolista", incluso franquista, que hoy se ve desbordada y amenazada por el extremismo pequeño-burgués de la ETA, que pretende, a

estas alturas, nada menos que un "independentismo revolucionario". La autonomía "moderada" del PNV encuentra su mayor arraigo en las capas medias de una burguesía comercial urbano-rural, pero hoy se ve también amedrentada, casi paralizada, por la gravedad de las tensiones existentes. En estas condiciones, la pretensión de conseguir una comunidad autónoma bien integrada ha de resultar —está resultando ya— sumamente problemática.

Por lo que se refiere a Andalucía, aquí también la correlación de fuerzas difiere de la existente en otras zonas. La fracción hegemónica de la burguesía —la oligarquía terrateniente que llegó a controlar la totalidad del Estado español en la primera mitad de siglo— está en crisis; no existe una burguesía industrial autóctona; carecemos de una burguesía urbano-rural fuerte, cohesionada, con ideas propias, que pueda erigirse en fracción dirigente; nuestras clases trabajadoras están, en cambio, lo suficientemente concienciadas como para representar un importante papel "autonomista", pero están articuladas en partidos políticos centralistas que, por su estructura, son incapaces de asumir plenamente dicha reivindicación autonómica. En estas condiciones, la llamada Junta de Andalucía se encuentra desasistida de todo apoyo de base, flota casi en el vacío y es difícil que pueda conseguir poderes reales. O busca un fuerte apoyo popular, de clase trabajadora y "fuerzas intelectuales", o se verá reducida a su aspecto exclusivamente formal.

Y, sin embargo, en el caso concreto de Andalucía, resulta objetivamente demostrable que es la clase trabajadora la más interesada en que se constituya una verdadera "comunidad autónoma andaluza". En cambio, a la burguesía autóctona, dada su estructura de clase, le es abiertamente perjudicial. Y la causa de que esto sea así, radica sencillamente en que nuestra burguesía nativa se encuentra inevitablemente condenada a la subordinación, al capital central y al capital "imperialista". El capitalismo andaluz, para subsistir necesita preservar las condiciones de explotación en que secularmente se encuentra implicado. El capitalismo andaluz tiene necesidad de invertir fuera, aun a costa de la descapitalización creciente de su propia zona; necesita vender a manos extrañas, pese a que puedan ser saqueadas, sus riquezas naturales; y exige la emigración de mano de obra excedente, no sólo como válvula de seguridad para conservar el "status", sino como aporte de unos importantes ahorros que por sus deficientes mecanismos productivos el propio capitalismo andaluz no consigue obtener. Jamás podrá darse, en estas condiciones, un "nacionalismo andaluz burgués". Todo lo más, adquiere sustitutos "localistas", de tipo campanario. Tan es así, que no por puro azar están resultando entre estas burguesías (granadinas y sevillanas) los pequeños celos sobre la capitalidad; o exaltando las diferencias que inevitablemente existen entre distintas comarcas andaluzas. Lo que en definitiva con ello pretenden es distraer la atención en problemas de peque-

ña monta, para preservar o reproducir sin demasiado peligro aquellas condiciones estructurales que son determinantes de su "capitalismo dependiente". No. La burguesía andaluza nunca podrá protagonizar la autonomía "nacionalista", porque con ello haría algo muy similar a la acción que supone "tirar piedras a su propio tejado".

Ante este panorama, que lo menos que podemos es calificarlo como complejo y hasta variopinto, muy diferente para cada una de las futuras comunidades autónomas, se explica perfectamente la gravedad política que entraña el tema, por cuanto va a poner de manifiesto las contradicciones que en sí comporta; por cuanto va a descubrir la diversidad de intereses que están en juego; o lo que es lo mismo, en la medida en que va a reactivar la conflictividad de clases que en el fondo de todo problema político existe siempre. Solamente en Cataluña, a mi modo de ver, existen hoy las condiciones objetivas necesarias para que cuaje como "comunidad autónoma". Es decir, una fracción de clase claramente dominante, que sabe lo que quiere, que está bien representada políticamente, y que se ve fortalecida con el fuerte respaldo popular de las clases trabajadoras y de las intelectuales catalanas.

En cuanto a Andalucía, pienso que existe también una clase lo suficientemente concienciada y fuerte como para poder erigirse en principal protagonista de la autonomía. Una clase que, por supuesto, objetivamente coincide en sus intereses de clase con el proyecto de conseguir unos poderes autonómicos. Me refiero a la clase trabajadora en sentido amplio, apoyada y respaldada por los intelectuales, los pequeños comerciantes, los agricultores pequeños y medianos, los industriales no ligados al capitalismo central. Lo que ocurre, a mi modo de ver, es que esta clase no está bien representada políticamente en su nivel andaluz, o lo que es lo mismo, carece de instrumentos políticos al efecto. Con ello quiero decir, sencillamente, que no cuenta con aquellos instrumentos políticos propios que le hagan comprender en donde está la principal contradicción del "capitalismo dependiente" andaluz, y les hagan ver cómo sus intereses de clase trabajadora coinciden, hoy por hoy, con sus intereses "nacionalistas". En conclusión, carece de partidos políticos fuertes —el PSA dista aún mucho de serlo—, de clase trabajadora y de soberanía exclusivamente andaluza.

En definitiva, resulta evidente que la lucha de las autonomías no ha hecho sino empezar. Es un tema complejo, con muchos intereses en juego, y que no puede tratarse con la frialdad y alegría con que hasta ahora se ha hecho. No se trata simplemente de reconocer la personalidad política de los distintos pueblos que componen España; de aceptar el "hecho diferencial"; de rendir un tributo a las distintas etnias, culturas, historias, del país; ni siquiera de un loable intento de democratizar la vida pública, acercando los órganos de poder al pueblo. En el tema político de las "comunidades autónomas", se quiera o no se quiera ver, se halla implícito un problema de intereses de clase, el cual habrá de ser determinante en el ulterior desarrollo del mismo. ■